**Domingo XV del TO**

**Ciclo A**

12 de julio de 2020

Is 55, 10-11  
Sal 64  
Rm 8, 18-23  
Mt 13, 1-23  
*P. Eduardo Suanzes, msps*

Jesús sale en busca de sosiego, de contemplación de la naturaleza: se sienta junto a «su» mar de Galilea. Nada le hacía sospechar que, sin saber por qué, ni instados por quién, una multitud se iba a agolpar entorno a él. Y es como si todo sonase a improvisación. Tuvo, se vio obligado, a encaramarse a una barca, de algún pescador que andaba por allí, alejarse un tanto de la orilla, para una vez sentado y a salvo, comenzar a hablarles de lo que le quemaba por dentro. Y lo hace con una parábola.

Estamos en el mar, el olor a pesca realizada durante la noche debía, seguro, impregnar el aire. Pero Jesús les habla de cosas de tierra firme, de labores agrícolas. Al situar esta historia del sembrador, tan agrícola, en el ámbito del mar parece como si Mateo quisiera integrar ambos mundos, la tierra y el mar, en uno sólo, pues uno sólo es el ámbito de Dios, un ámbito que abarca a todos los sub-ámbitos. Es como si quisiera integrar a los recalcitrantes de tierra adentro en el aperturismo sin fronteras que el mar simboliza para que rompan sus esquemas cerrados y se abran a la novedad de la expansión universal del amor de Dios, que no conoce fronteras. Y comienza la parábola…

Las parábolas eran un modo de enseñanza muy común de los maestros de la antigüedad oriental. Una parábola es un relato, tipo cuento, que pone en paralelo dos realidades: la anécdota narrada (que suele ser tomada de aspectos simples de la realidad cotidiana, en este caso un sembrador que siembra) y otra realidad de orden superior (normalmente de significado religioso, el sentido profundo). Lo que importa no es el cuento y sus detalles sino esa otra realidad a la que el texto se compara. La parábola utiliza imágenes o comparaciones chocantes para captar la atención del oyente. Este es un género que inquiere e implica, pues el oyente debe esforzarse por encontrar su significado. Los realmente interesados en aprender algo se esforzarán, mientras que los que realmente no están interesados en aprender, crecer o progresar, dejarán pronto de preocuparse por el significado y «pasarán» de la parábola, de la enseñanza y del enseñante. Podemos decir que ***en las parábolas hay, pues, como una especie de «filtro» previo de intenciones*** que también define el interés o la buena voluntad de los oyentes.

En toda parábola ***hay un «punto focal» o enseñanza central que el oyente debe descubrir***. El punto focal de esta gran parábola es «*el sembrador que siembra*». Jesús siempre está mostrando al Padre, y aquí, Jesús está mostrando a un Sembrador-Padre un tanto extraño o paradójico, por dos aspectos chocantes: a)

* porque es un sembrador descuidado que siembra por todas partes,
* y porque siembra sin la expectativa de producción de fruto (cosecha).

El primer elemento chocante del texto es que este sembrador parece ser muy descuidado. El sembrador de esta parábola esparce («desperdicia») la semilla por todos lados, en lugar de concentrarse en el terreno bueno y fértil. Esta paradoja es el elemento extraño o chocante de Dios mismo y del reinar-amar de Dios del que habla Jesús. Por comparación, ***la parábola muestra a Dios «desparramándose» por todas partes***. Su semilla está por todos lados. No hay ningún rincón del paisaje en el que no caiga su semilla. Y como la semilla del cereal es germen de vida nueva, la semilla que Dios desparrama −su propio ser, su amor− es generadora de vida nueva. Las cuatro localizaciones (la tierra, los zarzales, los pedregales, el camino) representan a toda la humanidad, a toda clase de personas, buenos y malos, justos e injustos, productivos e improductivos. Conclusión: Dios se dona, se muestra Amor a todos. Es tan desbordante este amor que hasta los «enemigos» lo reciben y gozan de sus beneficios (las aves se alimentan y los abrojos crecen).

El segundo elemento chocante de la parábola es, precisamente, que el sembrador no parece sembrar para obtener fruto, no tiene en cuenta la cosecha (si la tuviera sólo sembraría en terreno fértil). Esta siembra es anterior a la cosecha. Esto parece normal, pues todas las siembras son previas a la cosecha, pero tiene también su sentido paradójico. Normalmente los sembradores no siembran por sembrar sino para obtener el fruto de la cosecha: esa es la intención. ***Aquí no. Aquí lo importante -el «foco»- es el mero hecho de sembrar***. Saltando de la literalidad del texto a la realidad de orden superior ( al fondo, como decíamos antes) a que toda parábola alude, vemos coherente la acción del Sembrador-Padre que esparce la vida-amor sin condiciones, del mismo modo que los padres engendran a sus hijos sin condiciones. ***Lo que tal sembrador esparce no son «cosas» sino algo muy íntimo, muy personal: su mismo ser, su ser Amor.*** Y el amor no tiene un fin recíproco. Por eso la cosecha importa poco. ***Lo constitutivo del amor es la donación, es darlo (eso es lo que hace que sea amor y no otra cosa)***.

La parábola además de ser una proclamación del ser-amor de Dios, también es una llamada al compromiso. Porque, después, cuando sus discípulos piden a Jesús explicaciones les dice: «*Escuchen…*». Esto nos recuerda la oración «*Shemá»* de todo fiel israelita que debía rezar todos los días: «*Escucha Israel…»*[[1]](#footnote-1)*.* Es una invitación al discípulo para que sea verdadero hijo del Padre, que imite a su Padre, para que también sea sembrador, porque el amor recibido no puede estar quieto ni morir en el interior de la persona que lo recibe. Tal amor trasciende a la persona, y sólo será amor existente si abre al propio ser a derramarse en amor hacia otros (¡cuántas otras páginas del evangelio remarcan esto!). Ese es el fruto del que habla la parábola. ***Dar fruto es posibilitar que el amor que he recibido y soy perviva, pues sólo así seguirá siendo amor. Si el amor se para en mí, me lo guardo, se convertirá en una mera autocomplacencia del ego, que se siente muy bien siendo amado y recibiendo***. Pero esto no puede transformar la vida ni tampoco darle sentido. La apuesta de Jesús es que sólo encontraremos sentido a nuestra inexplicable existencia mediante el abandono confiado en el Dios que es Amor. Y esa fe se «escucha» amando a otros, saliendo de nosotros mismos y poniéndonos a amar. ***Y esto ha de ser suficiente. La buena noticia consiste precisamente en «sembrar». La buena noticia para nuestra vida consiste en «amar». Y todo ello indiscriminada e incondicionalmente, sin esperar recibir fruto[[2]](#footnote-2).***

1. Dt 6,4 [↑](#footnote-ref-1)
2. Cfr. Sixto Iragui, *El Jesús histórico.* *V Las Palabras de Jesús (I)*  [↑](#footnote-ref-2)